



REUNIÓN ANUAL DE LAS ASAMBLEAS DE GOBERNADORES

COSTA DO SAUÍPE, BAHIA, BRASIL

AB-2980
CII/AB-1388
29 marzo 2014
Original: español

***Exposición del
señor Luis Alberto Moreno,
Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo y
Presidente del Directorio Ejecutivo de la
Corporación Interamericana de Inversiones,
en la Sesión Inaugural de la
Reunión Anual de las Asambleas de Gobernadores***

Qué gusto es para todos los aquí presentes estar en la Costa do Sauípe, bajo la mirada protectora de *Iemanjá*, la madre del agua, celebrada por Jorge Amado.

Bien dijo Dorival Caymmi, que

*“Tudo,
tudo na Bahia
faz a gente querer bem;*

*A Bahia tem um jeito,
Que nenhuma terra tem!”*

Nuestra cita tiene lugar en este crisol de razas, cuna de músicos y de la risa fresca, centro de la cultura afrobrasileña, que no sólo es un ejemplo de respeto a la diversidad, sino de progreso económico y social.

Nos honra enormemente la presencia de la señora Presidenta Dilma Rousseff, una líder admirable, que ha luchado por los derechos humanos, la libertad de expresión, la justicia social, la equidad de género y la transparencia de la gestión pública.

Su labor ha sido fundamental para que Brasil sea visto como una tierra de oportunidades, algo que se demuestra en una realidad. Esta es una de las naciones más exitosas de la historia moderna en el combate a la pobreza y la reducción de la desigualdad.

Las semillas de reforma sembradas por la presente administración, incluyendo la labor de coordinación con los otros niveles de gobierno para fortalecer el federalismo fiscal, la mejora del clima de inversión y la promoción de la transparencia son, a todas luces, destacables.

Deseo también saludar al señor Gobernador Jaques Wagner, además de agradecer su calurosa acogida. Quisiera decirle que en el BID nos complace mucho ser socios en el progreso de Bahia en áreas de fortalecimiento de la cadena de turismo, la actividad empresarial, el desarrollo ambiental y la gestión fiscal.

Los resultados de lo que aquí han hecho los sectores público y privado trabajando hombro a hombro, están a la vista. Bahia es la gran exportadora de esta región del Nordeste y ha registrado en los últimos años niveles impresionantes de crecimiento.

Dicho éxito se enmarca en el de Brasil, cuya positiva evolución la ha convertido en una de las economías líderes del mundo, que representa cerca del 40% del Producto Interno Bruto de la región, diez puntos porcentuales más que hace una década.

Más allá de los desafíos de la coyuntura, no hay que perder de vista que en este país existe un antes y un después. El mismo que hizo posible una mejora en el empleo y los salarios reales, en beneficio de una mayor inclusión y movilidad social.

Esta es la calificación que más importa.

En la ruta hacia el progreso, Brasil, América Latina y el Caribe avanzan juntos.

En los últimos años hemos consolidado logros significativos en múltiples ámbitos. Tenemos economías dinámicas, contamos con mejores instituciones, en donde abundan las oportunidades para la inversión y los emprendimientos productivos.

Y dentro de los avances alcanzados, ninguno se destaca más que el mayor bienestar de nuestra gente.

En lo que va del siglo, más de 60 millones de personas han dejado las filas de la pobreza, dos terceras partes de ellas en Brasil. Tampoco se pueden desconocer las mejoras en la distribución del ingreso y la reducción de la desigualdad.

El descenso del desempleo y la informalidad laboral han sido fundamentales para alcanzar estos resultados. De manera complementaria, las políticas públicas también han hecho su aporte.

Los programas de transferencias condicionadas no solo mejoraron los ingresos de las familias de menores recursos, también elevaron la escolaridad de los jóvenes.

Junto a la caída en las tasas de pobreza, es importante registrar el ascenso de la clase media, el mismo que ha impulsado el consumo y que, a su manera, le ha cambiado la cara a una región en donde la movilidad social es una realidad palpable.

No tengo duda de que los latinoamericanos y caribeños vamos hacia un destino de mayor progreso, con más oportunidades para todos.

Sin embargo, hoy la discusión no es si llegamos a ese destino, sino la manera de hacerlo más rápido, buscando ser más justos. Sabemos que el entorno global es y será más exigente.

Es cierto que el mundo desarrollado avanza por la senda de la recuperación, pero también que los vientos a favor que han soplado sobre nuestras economías vienen ahora con menor fuerza.

En consecuencia, si nos dejamos llevar por la inercia, América Latina y el Caribe continuarán creciendo a niveles cercanos del 3,5% anual en los próximos cinco años.

Esa, para algunos, puede ser una tasa aceptable, pero lo cierto es que no será suficiente para acabar con la pobreza y la inequidad, o para dar respuesta a las transformaciones sociales y aprovechar el cambio tecnológico que estamos experimentando.

Nos enfrentamos a nuevos paradigmas que no podemos perder de vista.

El crecimiento de la clase media, que también vemos aquí, significará, por ejemplo, que a nivel global habrá millones de consumidores adicionales que demandarán nuestros productos.

- Pero también contaremos con un mayor número de ciudadanos con expectativas más altas sobre la calidad de los servicios que reciben y sobre la transparencia y efectividad de la gestión pública.
- Por otra parte, tenemos tasas de urbanización que son altas en el contexto global, pero hay que trabajar mucho en mejorar la calidad de vida en nuestras ciudades.
- Esto demanda inversiones significativas en la provisión de infraestructura básica, en el manejo del transporte urbano, en la gestión ambiental local y en la oferta de vivienda.
- Adicionalmente, estamos viendo cómo el bono demográfico que favoreció muchas de nuestras políticas sociales en la región ha empezado a agotarse, lo que se traducirá en presiones para los gobiernos y los sistemas de pensiones.
- Otra transformación tiene que ver con el cambio tecnológico, cuya expresión más elocuente es el aumento de la conectividad y el uso de nuevas tecnologías aplicadas a la seguridad, el transporte, la salud, la educación y la gobernabilidad.
- No menos importante es el desarrollo de plataformas para que las medianas empresas extiendan sus redes y amplíen sus oportunidades de negocios.

La adaptación a este nuevo entorno nos plantea la necesidad de revisar nuestra agenda de desarrollo.

Necesitamos crecer a mayor ritmo, a tasas sostenidas del 5% anual o más, y esto sólo es posible con mayor productividad.

Sabemos que las ineficiencias elevan nuestros costos de producción y limitan la posibilidad de acceder a mercados externos.

A las pequeñas y medianas empresas les cuesta mucho operar. De hecho, su productividad es apenas un sexto de la que tienen las grandes compañías, esa brecha que en naciones avanzadas es inferior a un tercio.

La infraestructura y la capacidad de desarrollar plataformas logísticas competitivas son centrales para mejorar la productividad y con ello aumentar la integración de nuestras empresas hacia adentro y hacia afuera de la región.

Actualmente, solo estamos operando el 50% de nuestro potencial comercial. Es decir que el intercambio regional podría duplicarse si los países completaran su red de acuerdos comerciales e invirtieran en la infraestructura necesaria, como es el propósito que tiene América Central.

Más comercio e integración son incentivos permanentes para la productividad porque contribuyen a una mejor asignación de recursos y porque favorecen un ambiente más competitivo, que a todos beneficia.

Para que estos incentivos se realicen no basta, como alguna vez se creyó, con limitarse a abrir la economía.

Sabemos que necesitamos avanzar en una agenda que ataque las deficiencias educativas, tecnológicas, financieras e institucionales, que nos impiden incorporarnos plenamente en las cadenas globales de valor.

Dicho en forma coloquial, no basta con lo macro, si no hacemos nada a nivel micro.

Aumentar la productividad implica también invertir más en nuestro capital humano, mejorando la calidad de la educación en forma sustancial. Hay que hacer más y a todos los niveles, desde el preescolar hasta el universitario.

De especial importancia es capacitar a los maestros, dignificando su oficio e introduciendo, a la vez, sistemas de evaluación periódica.

Mientras no logremos dar un salto en materia educativa será muy difícil apoyar la transferencia de conocimientos y promover efectivamente el desarrollo de una cultura de innovación.

Sin duda es mucho lo que podemos aprender de Brasil o Argentina en este ámbito.

El caso de EMBRAPA, como líder mundial en biotecnología e investigación agrícola, es sólo un ejemplo de que podemos apoyarnos en las materias primas para progresar, gracias al apoyo de la ciencia.

Nuestra historia y la de los países más avanzados nos enseña que el crecimiento con productividad sólo se traduce en desarrollo si es acompañado por inclusión.

El combate a la pobreza dio resultados excelentes a través del uso de programas de transferencias condicionadas, pero necesitamos que aquellos que superaron su vulnerabilidad puedan consolidar su posición social mediante más y mejores programas de entrenamiento y de una adecuada oferta de empleos formales.

Además, tenemos que corregir los desequilibrios de género. El programa Brasil *Carinhoso*, impulsado por la Presidenta Dilma, es un ejemplo de iniciativas exitosas para disminuir las diferencias de oportunidades entre hombres y mujeres, que desafortunadamente están aún muy presentes en nuestra región.

Adicionalmente, es bueno recordar que América Latina y el Caribe tienen todavía mucho por hacer si quieren construir sociedades más igualitarias. Es verdad que hemos avanzado, pero somos aún la región más inequitativa del mundo.

La movilidad es el motor de las transformaciones sociales, y es por ello que la creciente clase media está llamada a jugar un papel central en nuestros países. Si el crecimiento productivo requiere de inclusión para convertirse en desarrollo, también requiere de atención al medio ambiente para convertirse en sostenible.

Tenemos que seguir creciendo sin descuidar la sostenibilidad ambiental y preservando nuestra riqueza de biodiversidad.

Hoy somos más conscientes del legado que recibimos y de la necesidad de conservarlo para bien nuestro y de futuras generaciones. Además, la realidad diaria nos reafirma la urgencia y prioridad de la sostenibilidad ambiental.

Por ejemplo, uno de los grandes retos del cambio climático se expresa en lluvias intensas como las que afectaron a Bolivia hace unas semanas o sequías extremas, que aquí se sintieron en los estados del sur e incidirán sobre el tamaño de la cosecha de café o la de soya.

Los vaivenes vistos nos obligan a extremar precauciones y a fortalecer nuestra gestión, justo cuando suenan las alarmas ante el probable regreso del conocido fenómeno de “El Niño”.

No puedo pasar por alto que un objetivo indeclinable debe ser la permanente mejora de la capacidad de nuestros gobiernos para gestionar mejor los recursos y proveer mejores servicios.

Necesitamos fortalecer el marco institucional en el que operamos. Para ello es impostergable promover esquemas modernos, que cierren los espacios a la corrupción y a las ineficiencias, y que permitan que la labor del Estado, en todos sus niveles, atienda la demanda de la ciudadanía.

Lo que tenemos por hacer requiere de mayores recursos, pero también —y quizás más importante— de mejores políticas públicas, que influyen sobre toda la sociedad.

En ese contexto, hay que recordar que el sector privado tiene un papel crucial que jugar en la búsqueda del crecimiento sostenible y la igualdad de oportunidades en América Latina y el Caribe.

Por eso es clave un entorno económico que le ayude a la actividad privada a florecer, pues también promueve el objetivo de buscar una mayor equidad social.

La comunidad de negocios en la región tiene claras sus responsabilidades en esta materia y sabe que la mejor inversión posible es aquella que conduce a eliminar la pobreza y la miseria.

En el BID estamos convencidos del papel del sector privado como instrumento para potenciar el crecimiento de la región y es por ello que hemos emprendido un proceso de reforma para fortalecer nuestra capacidad de promover el desarrollo y la reducción de la pobreza a través de éste.

El Banco Interamericano de Desarrollo se encuentra comprometido desde siempre con la agenda de reformas que he enunciado.

Fue aquí en Brasil, hace más de 55 años, cuando el Presidente Juscelino Kubitschek, a través de la Operación Panamericana, logró que los países de América Latina y el Caribe buscaran juntos el progreso conjunto de la región a través de la constitución del BID.

Hemos querido responder al legado de ese *mineiro* visionario, que fue conocido por hacer en cinco años lo que a otros les habría tomado cincuenta, y cuyo ejemplo nos demuestra que no hay desafíos imposibles.

Hoy no solo somos la principal fuente de recursos multilaterales en la región, sino también una institución que de manera creciente invierte en conocimiento y asesoría técnica.

Así quedó claro en 2013 cuando aprobamos un programa de más de 160 proyectos por 14 mil millones de dólares, incluyendo dos mil millones en operaciones sin garantía soberana.

Este resultado confirma la tendencia creciente del apoyo crediticio del Banco, que se complementa con el otorgamiento de más de 400 millones de dólares en operaciones de asistencia técnica, la mayoría de las cuales se dirigieron a apoyar la preparación, ejecución y evaluación de operaciones de crédito.

Estamos haciendo más y mejores proyectos y, para ello, hemos reforzado el énfasis puesto en la ejecución y el logro de resultados, aparte de fortalecer las actividades de gestión operativa relacionadas con el manejo fiduciario y el apoyo técnico provisto a nuestros clientes.

Pero más allá de las cifras, estamos empeñados en continuar sirviendo mejor a nuestra región.

Nuestro destino depende de lo que hagamos. Contamos con grandes activos, pero quizás el más importantes de ellos es la democracia que lleva décadas de permanencia.

Nuestros jóvenes y las nuevas generaciones nacieron en democracia y tienen aspiraciones de fortalecerla, profundizarla, y consolidar una ciudadanía de derechos plenos, cívicos, políticos, económicos, sociales, culturales y ambientales.

Faltan menos de tres meses para que se dé inicio a la Copa del Mundo 2014, el evento más esperado por miles de millones de personas en todo el planeta. Más allá de quien gane el campeonato, no tengo duda alguna de que el triunfador es este Brasil, más moderno y más equitativo.

El BID quiere seguir siendo *o grande parceiro da Região*.

Queremos caminar con América Latina y el Caribe hacia ese nuevo destino, uno de mayor progreso, más equilibrado e igualitario. Lo que buscamos no es sólo crecimiento, sino uno que sea el resultado de la mayor productividad, que vaya de la mano de la inclusión social.

Con esos elementos, junto al indispensable criterio de la sostenibilidad, tenemos la fórmula y podremos conseguir resolver la incógnita del desarrollo.

Volver esos postulados realidad no es fácil. Sin embargo, debo insistir en que somos dueños de nuestro destino y sabemos qué senda seguir. Y por eso, con optimismo, termino recordando a Gilberto Gil:

*Meu caminho pelo mundo
Eu mesmo traço*

*A Bahia já me deu
Régua e compasso*